

TEOLOGIA Y ESPIRITUALIDAD

María Clara Luchetti

El método para trabajar teológicamente la obra de San Ignacio nace de su propia experiencia de Dios, de su vida marcada por la incansable obsesión del servicio divino, de su identificación con Jesucristo, pobre y humilde, amado y servido como Rey Eterno y Señor universal, de su percepción de los movimientos, procedencia y presencia de las tres Personas divinas en su propia persona, en la realidad y en la Iglesia. Podemos, pues, destacar tres ejes metodológicos centrales en su obra.

El primero de ellos es la tensión dialéctica *experiencia-praxis*. Desde los comienzos de su conversión, Ignacio quedó marcado y transformado por una profunda experiencia de Dios. Esta experiencia fundante surge de la contemplación de Dios en su misterio de amor que opera y actúa en favor de la humanidad y, al mismo tiempo, convoca a una praxis. Este amor de Dios que toca e inflama, llama simultáneamente a colaborar de forma activa en su obra redentora. En esta praxis de colaboración humano-divina, Ignacio se siente llevado a encontrar a Dios contemplativamente en todas las cosas y en todas las personas. Esta

tensión que se halla patente en el libro de los Ejercicios estuvo presente en toda su vida y así lo transmitió y enseñó a sus hijos e hijas, dentro y fuera de la Compañía de Jesús.

El segundo eje metodológico es la tensión dialéctica *kénosis-doxa*. La experiencia y praxis ignaciana corresponden a una revelación de Dios que se da, a la vez, en el despojo (*kénosis*) de quien se vacía y humilla para ir al encuentro del hombre, servirlo y salvarlo, y en la gloria (*doxa*) que resplandece y atrae poderosamente. Esta revelación se corresponde con una experiencia y una praxis humanas de kénosis que asume y palpa los estrechos y reducidos límites personales, el misterio de la pequeñez e indignidad propios en el llamamiento a colaborar en la acción divina para su mayor gloria; de kénosis que busca servir en el seguimiento de Jesús pobre y humilde y desea identificarse ardientemente cada vez más en ese camino de pobreza, oprobios y persecuciones como el único medio de acceso al Dios verdadero y, con el fin de reconducir, con el Hijo, todas las cosas a gloria *doxa* del Padre, experimentando ya aquí, en medio de las dificultades y tribulaciones de la kénosis, la gloria de Dios que anima, fortalece y consuela. Esta tensión pascual entre humillación y gloria, entre lo "alto y lo bajo" marca la aventura divina de Ignacio y la de toda existencia cristiana.

El tercero y principal eje metodológico es el propio *ritmo y configuración trinitarios* de todos los textos ignacianos. El contexto donde se mueve y trabaja es eminentemente trinitario, sobre todo después de la "eximia ilustración" que le fue concedida por Dios junto al río Cardoner y de la "comprensión en el seno de la Trinidad del misterio anunciado por Pablo, del origen divino de todos los seres y su retorno a Dios". Ignacio experimenta que, en este movimiento de "todos los bienes y dones que descienden

de arriba", del origen de lo limitado en lo ilimitado y el retorno de las criaturas a ese mismo "arriba" de donde "descienden", se insertan todos los misterios cristianos: la creación y la redención, la condena y la salvación, la humanidad y la divinidad de Cristo, el don del Espíritu y la Iglesia. Este movimiento trinitario del descenso del Dios Trino al seno de la creación, que transfigura con su presencia todas las cosas y hace retornarlas a la vida inmanente de Dios, marca toda la vida y la obra de Ignacio.

En cada obra de Ignacio, a partir de los Ejercicios Espirituales, aparecen las Personas divinas -Padre, Hijo y Espíritu Santo- que proceden de "arriba" y van al encuentro del hombre para suscitar de él su colaboración en la tarea de reconducir todas las cosas al seno de la vida inmanente de Dios y su comunión trinitaria. Así el hombre se eleva buscando a Dios y siendo buscado por El hasta encontrarle a su alrededor en todos los demás hombres. De esta experiencia emerge un Dios que no actúa sin la colaboración y la participación del hombre, y un hombre que está permanente y totalmente envuelto y salvado por este movimiento económico-inmanente del misterio de Dios. A partir de este actuar salvífico de la Trinidad, en el mundo y en la historia, Ignacio llega a la experiencia de la comunidad divina en su vida inmanente.

Mística y mistagogía

El repaso de los textos ignacianos nos ofrece pistas para iluminar la espiritualidad que se vive y la teología que se elabora hoy en el continente latinoamericano.

La *mística o espiritualidad* que se desprende de la experiencia de Dios en San Ignacio presenta con coherencia una poderosa fuerza de síntesis integradora entre experiencia y praxis, entre lo "sentido" y lo "practi-

cado", entre el amor apasionado de y por Dios y la imperiosa necesidad de consagrar la vida a su servicio en la construcción del Reino. De esta manera, la experiencia de Dios en la espiritualidad ignaciana se vuelve una *experiencia practicante y practicada* y una *praxis sentida y experimentada* del servicio divino, recibida como don y misión.

Esta experiencia espiritual "practicada" por Dios en Ignacio de Loyola está enraizada en la economía trinitaria de salvación donde descenso y ascensión son un potente y continuado dinamismo que marcan las relaciones de Dios Padre con la creación, a través del envío del Hijo y del Espíritu Santo. Ignacio no se refiere tanto a la vida immanente de Dios cuanto al plano salvífico. es decir, al trabajo y "servicio" de las personas divinas: de Jesucristo, Hijo obediente, pobre y humilde, y del Espíritu Santo que continúa enviando sus seguidores a la Iglesia, entre los cuales se cuenta el propio Ignacio.

La espiritualidad ignaciana es, pues, a la vez experiencia y praxis de Dios y de los hombres, una experiencia donde se entrelazan el elemento trascendente y el immanente, quedando así mutuamente configurados el uno por el otro. Tal integración global mística y espiritual, se explicita en cada integración particular y concreta.

Para muchos cristianos que se sienten divididos entre el llamado vertical de la experiencia de Dios en la oración y la contemplación y la práctica horizontal de la justicia y el compromiso concreto al servicio de los demás, con sus variadas formas desde la promoción humana hasta la militancia política, la espiritualidad ignaciana les ofrece la posibilidad de llegar a ser una persona "contemplativa en la acción" que "encuentra a Dios en todas las cosas"

para que todas las cosas, a pesar de su opacidad, se vuelvan diáfanas y transparentes a la presencia divina. Una persona, por tanto, que ya no puede amar "ninguna cosa creada sobre la faz de la tierra en sí misma, sino al Creador de todas ellas", una persona que recibe en la Iglesia una misión suscitada por el Espíritu de Dios.

Esta misión consiste fundamentalmente en una *mistagogía*, es decir, en saber suscitar a los demás con quienes convive la experiencia directa e inmediata-mística- de Dios. La mística ignaciana es, pues, inseparable de su *mistagogía*, y esta integración posibilita una reflexión verdaderamente teologal. En efecto, *mistagogía* no significa un mero aclaramiento teórico; al contrario, la iluminación es fruto del contacto mismo con la realidad del misterio. Sin *mistagogía*, lo que se quiere esclarecer corre el riesgo de que permanezca finalmente en la sombra o en la oscuridad ya que lo que se busca es la luz del propio misterio de Dios. Por consiguiente, toda reflexión teológica sobre Dios, para que sea verdaderamente teologal, debe no sólo partir de una experiencia de Dios, sino también ayudar a hacerla pues sólo así podrá ayudar a comprenderla. En este sentido, una teología verdaderamente teologal es, ante todo, *mistagógica*, es decir, nos introduce en la realidad de Dios como misterio no manipulable y, a la vez, cercano.

La teología que se desprende de los escritos ignacianos es una teología *mistagógica*, afectiva y efectiva, que brota de una experiencia de amor, ayuda a hacerla y se traduce en un servicio amoroso y efectivo. No es una teología únicamente configurada por la razón, sino movida y atravesada en todo su discurso por el deseo. Si Ignacio es conocido como un buscador atento y un apóstol incansable de la *voluntad de Dios*, esa voluntad acontece para él no

en términos de principios o preceptos categóricos o rígidos, sino más bien en términos de deseo ardiente, amoroso y gratuito que no puede menos de expresar al Amado todo el amor que siente, en obras y en servicio más que en palabras, y experimenta en este obrar y servir el amor y la consolación por los que suspiraba.

Se trata, en resumen, de una teología configurada trinitariamente, que refleja en sí misma el propio movimiento económico inmanente de Dios. Una teología inspirada por el Espíritu, discernida en medio del conflicto de los diferentes espíritus que pueblan el mundo y la Iglesia. Una teología centrada en Jesucristo y su Misterio Pascual que se atreve, sin embargo, a pronunciar en el mundo y en la historia el nombre del Padre.

Los escritos ignacianos demuestran que hacer teología no significa tanto hablar *sobre* Dios como fundamentalmente *dejar hablar a Dios*, ayudar a que resuene la única Palabra verdaderamente salvadora y, por tanto, verdaderamente teológica: la Palabra de Dios. Al actuar así, la teología de Ignacio convoca a toda la teología a dejarse configurar no sólo como "inteligencia de fe" (*intellectus fidei*), sino más bien y sobre todo como "inteligencia de amor" (*intellectus amoris*).

Ignacio y la opción por pobres

Los textos ignacianos nos proyectan una iluminación pastoral para ciertos aspectos de la vida de la Iglesia actual. El primero se refiere a la actitud de la Iglesia con relación a los pobres.

En la antropología de Ignacio, la *pobreza* ocupa un lugar importante. Desde su conversión, sintió un llamado insistente a despojarse progresiva y efectivamente de los bienes materiales para identificarse

siempre más con Cristo experimentado como pobre y humilde. Esta pobreza real, que Ignacio vivió con radicalidad y coherencia hasta sus últimas consecuencias y recomendó encarecidamente a todos aquéllos y aquéllas con quienes ejerció su magisterio espiritual, aparece narrada en su *Autobiografía*, su *Diario espiritual* en las *Constituciones* y en sus *cartas*.

Es sin embargo, en los *Ejercicios Espirituales* donde podemos encontrar el fundamento teológico de la opción por la pobreza y por los pobres. En el pórtico de la Segunda Semana -la Meditación del Reino (EE EE 91-98)- Ignacio lleva al ejercitante a pedir en todos los principales coloquios, de forma repetida y humilde, el don preciado de la pobreza que le permitirá descubrir y experimentar la radicalidad mayor de su identidad como cristiano, como hijo de Dios, como servidor del Reino y de la Iglesia.

Esta experiencia concreta de ser pobre se traduce, por otro lado, en el compromiso de su vida al servicio de los pobres. Así queda explícitamente especificado en las Reglas que se deben guardar en el ministerio de distribuir limosnas (EE EE 337-344). Hay un punto que llama poderosamente la atención: el hecho de que Ignacio enraíza el amor concreto a los pobres en "que aquel amor que me mueve y me hace dar la limosna, descienda de arriba, del amor de Dios nuestro Señor (EE EE 338). Ignacio permanece fiel, aún en las cosas prácticas como es la distribución de limosnas al movimiento trinitario de toda su obra. El amor preferencial por los pobres es divino antes de ser humano y el hombre sólo puede asumirlo porque o bien lo contempló primero en la práctica salvadora y amorosa del propio Dios, o bien porque este amor le fue colocado por Dios en lo más profundo de su corazón, aun sin tener conciencia plena y explícita de ello. El amor preferencial por los pobres, según Ignacio, no es pues algo ideológico, filantrópico o político-

partidario, sino teologal.

La Iglesia del Concilio Vaticano II -en palabras del Papa Juan XXIII- es y quiere ser "la Iglesia de todos, pero de un modo especial la Iglesia de los pobres". La teología, entonces, movida por esa opción eclesial universal que se particulariza en la parcela más sufriente del pueblo de Dios y, por tanto, más cercano a la misericordia divina, comprende que su tarea más urgente es poder decir a los pobres de este mundo que Dios les ama. Los textos ignacianos ayudan a enraizar esta opción y esta tarea en el mismo misterio de la vida divina, para así llevarla a la práctica.

La economía salvadora de la Trinidad se revela como un amor operativo y eficaz en favor de los pobres y como motor del proceso de liberación de ellos mismos, revelando así el rostro de la intimidad de Dios: misterio de solidaridad, misericordia y com-pasión . La teología que emerge de los escritos de Ignacio es, a la vez, "misterium salutis", "misterium misericordiae" y "misterium compassionis".

El fundamento trinitario de la comunidad eclesial y de la sociedad

Queda todavía otro rasgo muy actual de la eclesialidad que encuentra en los textos ignacianos un sólido fundamento teológico. Se trata del redescubrimiento de las dimensiones *comunitaria* y *social*, tan presentes hoy, en la experiencia y en la práctica de la Iglesia.

A pesar del sello personal de la experiencia y de la praxis ignaciana, hay un profundo sentido comunitario y social, empezando por su experiencia de Dios toda ella impregnada de las diversas formas de alteridad -del cosmos (el mundo, las otras cosas),

de las personas, de la Iglesia-, y haciéndose coloquio donde los mediadores -la corte celestial, Nuestra Señora, Jesucristo- son elementos inseparables de la comunicación del hombre con la propia vida inmanente de la comunidad divina.

Los *Ejercicios Espirituales*, a pesar del gran número de pronombres en primera persona del singular, no son un texto individualista por su profundo sentido comunitario. La revelación de Dios en los misterios de la vida de Cristo -que ocupa tres de las cuatro semanas- ayuda al ejercitante a dejarse impregnar y configurar por la persona de Jesucristo y consiguientemente a experimentar esa relación profunda y cotidiana con El que constituye su más íntimo lugar de pertenencia y transforma su vida en una praxis de imitación y seguimiento. Así, el ejercitante resulta humana y definitivamente alterado por esa relación con la alteridad de Dios en la historia.

La acción de Dios, a través de su Espíritu, revela una alteridad que habita y mueve al hombre como Maestro interior, (anotaciones, adiciones, etc) y le hace tomar cada vez más conciencia de sentirse y ser constitutivamente alterado por la presencia misteriosa del Amor que lo mueve en la dirección del servicio. La presencia del Director de los Ejercicios es otro signo comunitario que introduce en el universo del ejercitante la presencia comunitaria de la Iglesia y purifica su experiencia de cualquier tentación narcisista, autosuficiente o individualista.

La presencia de la corte celestial -la comunión de los santos-, lugar donde Ignacio sitúa al ejercitante en varias ocasiones, recuerda que el hombre no está solo, que su aventura por los caminos del amor de Dios no es en solitario sino una etapa precedida, rodeada y envuelta por una comunidad de fe, una nube de testimonios que por todos lados le acompaña, confirma y dirige. Las "Reglas para sentir

con la Iglesia" confirman esta dimensión y lo sitúan muy concretamente en el espacio eclesial católico, en el cuerpo social de la Iglesia.

Esta primacía del elemento comunitario y concretamente eclesiológico, que lleva el sello del misterio, tiene como fruto -a partir de la obra ignaciana- una historia y una sociedad propiamente humanas y, en consecuencia, aptas para servir de acceso y espacio de revelación del Infinitamente Trascendente que la fe cristiana nombra como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por último, la eclesiología que el Concilio Vaticano II posibilitó de comunión, participación e intercambio de servicios encuentra, en la comunidad Trinitaria, su modelo y horizonte últimos que dan consistencia al proyecto. Esta comunión y participación son reveladoras del actuar económico-salvífico del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La herencia de Ignacio de Loyola

La experiencia de Ignacio, gestada al inicio de la modernidad, tiene una gran vigencia para nuestro tiempo. La fina intuición y percepción del maestro espiritual ha enseñado a muchas generaciones a penetrar en los meandros del misterio de la presencia de Dios en las vidas humanas, en el fascinante y a veces intrincado universo de las mociones del Espíritu, y en la difícil y consoladora diaconía del discernimiento espiritual.

El genio organizador y legislador hace sentir aún su peso en la estructura de la Compañía de Jesús y de otros grupos religiosos, inspirados en su misma espiritualidad, así como en las innumerables obras surgidas.

La teología tiene también algo que decir sobre esta riqueza humana y religiosa de san Ignacio, aunque al tratarse de un autor que no pretende ser teólogo, implica a menudo la dificultad de trabajar con textos donde el contenido teológico debe ser pacientemente desentrañado. Al mismo tiempo, es difícil sistematizar algo tan vivo y dinámico como la experiencia y la praxis de un santo, guiado siempre por los imprevisibles e inagotables movimientos del Espíritu de Dios.

(De la revista **Perspectiva Teológica**, Brasil, Año XXII, Nº 57, Mayo/Agosto 1990, págs 205-220. Hemos traducido solamente una parte del artículo, págs 210-220).

OH PADRE ETERNO.

Mientras oraba Ignacio en la capilla de La Storta, quisistes tú con singular favor aceptar la petición que por mucho tiempo él te hiciera por intercesión de Nuestra Señora: "de ser puesto con tu Hijo". Le asegurastes también que serías su sostén al decirle: "Yo estaré con vosotros". Llegastes a manifestar tu deseo de que Jesús, portador de la Cruz lo admitiese como su servidor, lo que Jesús aceptó dirigiéndose a Ignacio con estas inolvidables palabras: "Quiero que tú nos sirvas".

Nosotros, sucesores de aquel puñado de hombres que fueron los primeros "compañeros de Jesús", repetimos a nuestra vez la misma súplica de ser puestos con tu Hijo y de servir "bajo la insignia de la Cruz" en la que Jesús está clavado por obediencia, con el costado traspasado y el corazón abierto en señal de su amor a Ti y a toda la humanidad.

Renovamos la consagración de la Compañía de Jesús al Corazón de Jesús y te prometemos la mayor fidelidad pidiendo tu gracia para continuar sirviéndote a Ti y a tu Hijo con el mismo espíritu y el mismo fervor de Ignacio y de sus compañeros.

Por intercesión de la Virgen María, que acogió la súplica de Ignacio, y delante de la Cruz en la que Jesús nos entrega los tesoros de su corazón abierto, decimos hoy, por medio de El y en El, desde lo más hondo de nuestro ser: "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro; disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta".

PEDRO ARRUPE, Plegaria al Padre Eterno.